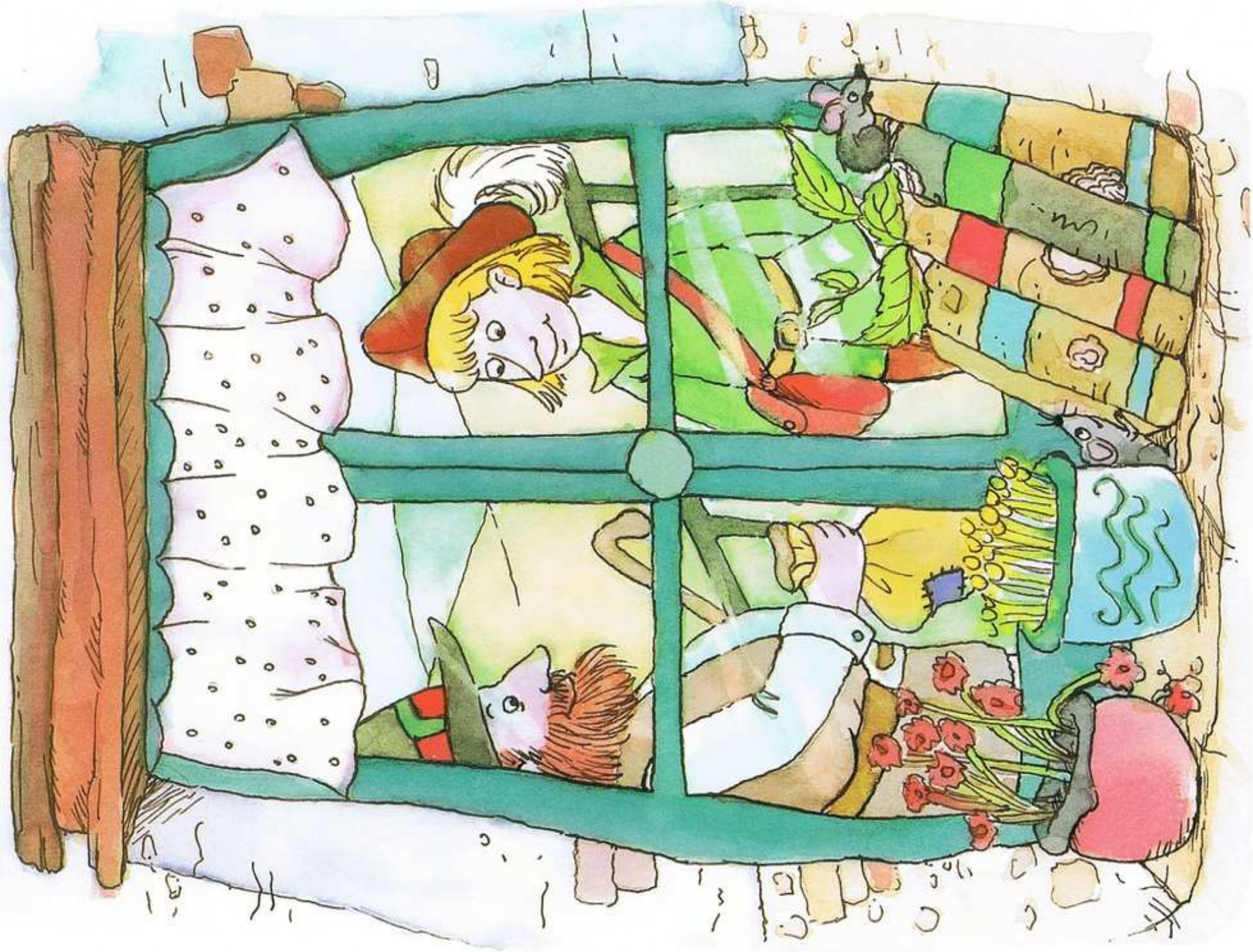
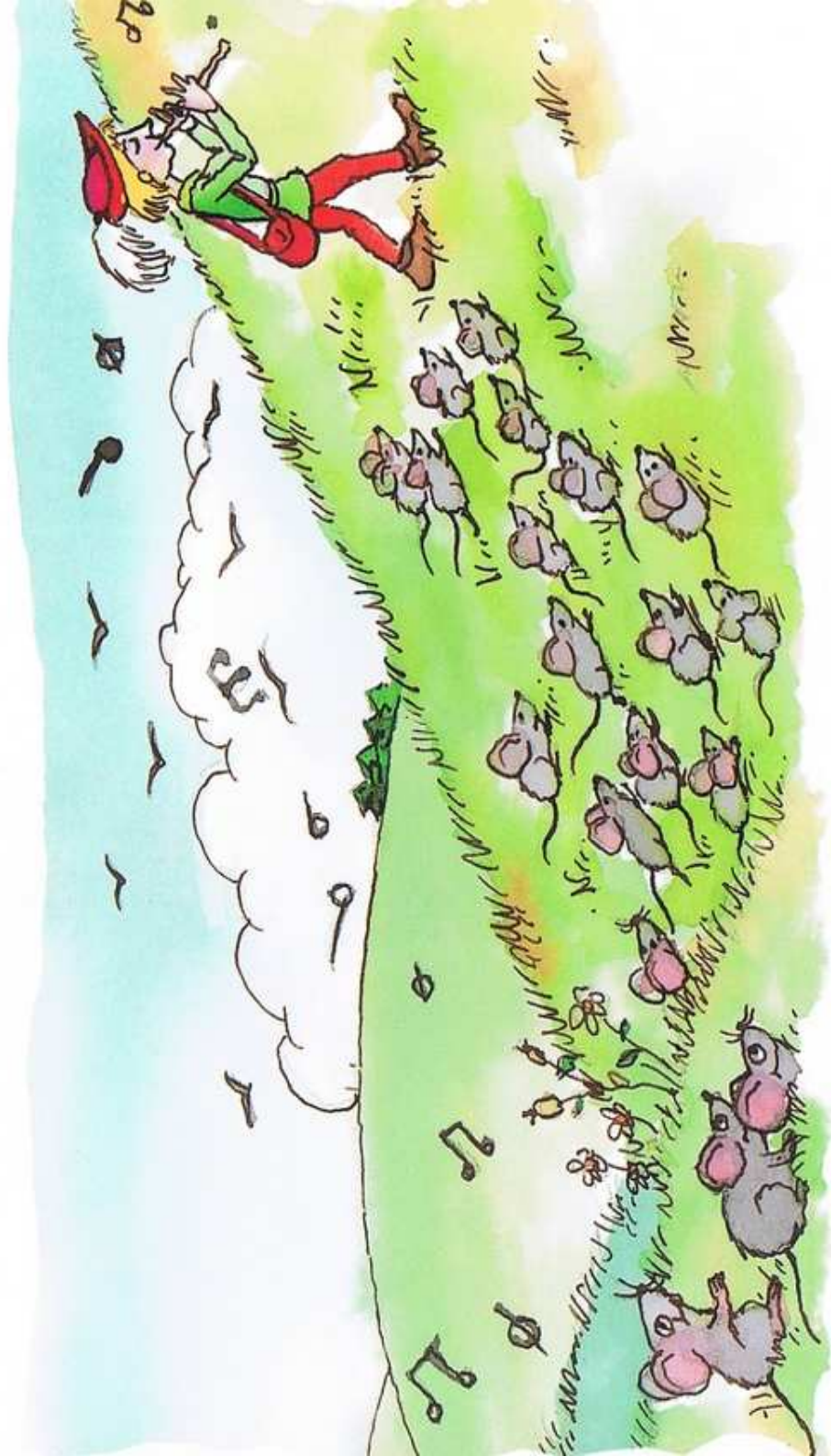
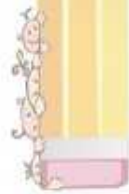
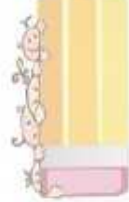








Hamelín era una hermosa ciudad situada en un valle frondoso y alegre. Pero sus habitantes estaban muy disgustados pues tenían un problema terrible que no sabían cómo solucionar: una plaga de ratones había invadido la ciudad. No hubo rincón que se salvara de aquellos roedores grandes y peludos. Se metían en las casas por debajo de las puertas, por las ventanas entreabiertas o por las chimeneas, adonde llegaban trepando por los canalones.

–¡Fuera, fuera, malditos bichos! –gritaban las mujeres dándoles escobazos.

Sin embargo, por más que lo intentaban con trampas, matarratas y otros remedios, los vecinos de Hamelín no conseguían librarse de ellos. Al contrario, cada día parecían ser más numerosos y más atrevidos. Ya no se conformaban los ratones con acabar con las reservas de las despensas: habían atacado también las cosechas de los campos, los libros de las bibliotecas, las telas almacenadas en los baúles...

Los habitantes de Hamelín, desesperados por la situación, se dirigieron a su alcalde:

–¡Esto no puede seguir así! ¡Los ratones se comen nuestra comida y destrozan nuestras casas y nuestros campos! ¡Libradnos de esta plaga, señor alcalde, o los bichos acabarán con nosotros!

Sin saber muy bien qué hacer, al alcalde se le ocurrió publicar un bando que un enviado leyó en voz alta en la plaza central de Hamelín:

–¡Se ofrece una recompensa de cien florines de oro a la persona que consiga liberar a la ciudad de la terrible plaga de ratones que la ha invadido! ¡Cien florines de oro!



Fueron muchos los que acudieron atraídos por la sustanciosa recompensa. Y muchos fueron también los remedios que probaron: pociones venenosas, conjuros mágicos, extraños artilugios... Pero ninguno funcionó. Los ratones parecían reírse de las artes que em-

pleaban contra ellos. Y cuando ya se creía que Hamelín desaparecería bajo la plaga pues sus habitantes estaban decididos a abandonar la ciudad, se presentó en la plaza un hombre alto y flaco, vestido con polainas y jubón rojos. Una hermosa pluma blanca adornaba su sombrero, rojo también. Por todo equipaje, llevaba un zurrón. Se presentó ante el alcalde y le comunicó:

–Soy un flautista con unos dones especiales. ¡Con mi flauta encantada os libraré de los ratones!

Al ver su aspecto, todos los aldeanos se rieron de él. ¿Cómo pretendía un simple jovenzuelo, armado con una flauta, ayudarles contra enemigo tan fiero?

–¡No pretendas burlarte de nosotros! ¡Bastante desgracia tenemos ya para aguantar además las bromas de un forastero!

El alcalde, que comprendió que no tenía nada que perder, respondió así a la propuesta del joven:

–De acuerdo. Si es verdad lo que aseguras y consigues acabar con estos malditos bichos, la recompensa será tuya. ¡Adelante!

Y sin hacer caso de las burlas y la desconfianza de la gente, el flautista sacó su instrumento del zurrón, colocó con delicadeza sus delgados y huesudos dedos sobre él y comenzó a tocar notas extrañas y cautivadoras.



¡Menuda sorpresa se llevaron todos!

Nada más comenzar la suave melodía del flautista, miles y miles de ratones salieron de todos los escondrijos imaginables buscando el origen de la canción. Y, como si hubieran recibido una orden secreta, se arremolinaron alrededor del flautista. Éste echó a andar hacia las afueras sin dejar nunca de tocar su flauta, seguido del curioso cortejo de los molestos animalillos. Los vecinos se asomaban a las ventanas para contemplar la escena pues jamás habían visto nada parecido. No quedó ni un solo roedor en toda la ciudad. Por fin podían respirar tranquilos.

Los ratones, encandilados por el son de la flauta mágica, atravesaron los prados que rodeaban Hamelín y se alejaron de la ciudad detrás del flautista. ¡Parecían un rebaño de ovejillas obedientes detrás de un pastor! Las notas musicales llenaban el aire del campo y un verdadero río de ratones formaba una larga cola tras los pasos del joven intérprete.

El flautista les condujo lejos, muy lejos, hasta un espeso bosque escondido detrás de unas montañas. Nadie supo qué pasó, pero lo cierto es que los ratones nunca regresaron de aquel bosque.

Al día siguiente, como era de esperar, el flautista se presentó muy ufano en Hamelín. El pueblo todavía estaba festejando la hazaña. Él había cumplido su promesa y confiaba en que el alcalde también cumpliría con su palabra. Pero su decepción no pudo ser más grande al abrir la bolsa que le dio el alcalde.



El joven músico esperaba encontrar los cien florines de los que hablaba el bando pero en la bolsa sólo había diez.

–¡Eh, aquí falta un montón de dinero! –protestó el joven.

–¿Pero quién te has pensado que eres? –respondió el alcalde–. ¿Crees que te mereces más sólo por tocar un rato la flauta? ¡Lo tomas o lo dejas! ¡Vete de Hamelín y no nos molestes más!

El flautista se sintió furioso contra todas las gentes del pueblo que primero se habían reído de él y después pretendían engañarle. Él había cumplido su parte del trato y no era justo que le robaran. Indignado, arrojó la bolsa al suelo y dijo:

–Habéis faltado a lo convenido y merecéis un castigo. Hamelín pagará con creces esta ofensa...

Entonces, se subió a una roca que había en mitad de la plaza, sacó de nuevo la flauta de su zurrón y comenzó a tocar una nueva melodía. La música se deslizó por todo el pueblo, atravesó las calles y entró en las casas. De repente, los niños de Hamelín, incluidos los bebés que apenas gateaban, abandonaron sus juegos y comenzaron a acudir a la plaza.

–¡Qué hermosa melodía! –decían, medio sonámbulos, mientras formaban un gran círculo alrededor del flautista.

El joven, sin dejar nunca de tocar, bajó de la piedra y caminó por las callejuelas de la ciudad hasta salir al campo, acompañado por la multitud de niños al igual que antes había sido seguido por el río de ratones.



El flautista y los niños atravesaron el valle y llegaron a un espeso bosque a los pies de una enorme montaña. Allí, el joven introdujo a los niños dentro de una cueva y, gracias a los poderes mágicos, al son de su música se cerró la entrada con una enorme roca. Pero

uno de los muchachos no quedó encerrado: se trataba de un pobre niño cojo que, por su cojera, no había podido seguir al flautista tan rápido como los demás. Escondido en el bosque, pudo ver el niño cómo todos sus amigos habían quedado atrapados dentro de la montaña.

El flautista regresó a Hamelín donde le esperaban los padres angustiados:

–¿Qué ha pasado con nuestros niños? ¿Dónde están?

–No los volveréis a ver hasta que vuestro alcalde me pague la recompensa convenida –contestó el joven.

Los vecinos de Hamelín lloraban amargamente pensando que algo terrible podía haberles sucedido a sus hijos. Pero entonces, una nueva melodía llegó a los oídos de los habitantes de Hamelín. Se trataba del niño cojo que había hecho sonar la flauta para liberar a sus compañeros. Tras sacarles de la cueva, les había reunido en el bosque y les había explicado lo sucedido. Al son de la flauta todos habían regresado, sanos y salvos, a su ciudad.

Al ver a los niños, todos los habitantes de Hamelín saltaban de contentos abrazando a sus hijos. Exigieron inmediatamente al alcalde que pagara la recompensa al joven y, arrepentido, el alcalde prometió que jamás dejaría de cumplir sus promesas.

Así, Hamelín volvió a ser el lugar próspero y tranquilo que había sido antes de la llegada de los ratones.